



SOBREVOLANDO LA INDIA

Rumbo a la India, en concreto a su capital, Delhi.

Nos esperaba un largo viaje, tenía tiempo suficiente para repasar mentalmente el penoso y largo viaje que llevábamos a nuestras espaldas, con el peor de los resultados, sin noticias de Alicia.

Habíamos recorrido todo el norte de la India, sin éxito, la ciudad de AMRISTAR con su maravilloso Templo Dorado que parece surgir de un lago, una estampa de cuentos.

Seguidamente nos dirigimos a JAIPUR, también llamada la Ciudad Rosa, por el color de sus fachadas. Nos perdimos entre sus murallas rosadas, llegando a unos de sus bazares más impresionantes donde probamos sus deliciosos y típicos dulces de almíbar, el jalebi. ¡Cómo nos acordamos de Alicia!

Era la niña más golosa de la Tierra, por lo que le compramos una bolsita de estos dulces. Todo ello pasaba por mi mente como si fuera un sueño, cuando me di cuenta que Charlatán algo poco habitual en él porque estaba todo el día dándole al “pico”, nunca mejor dicho. Parecía cansado y decaído, tal vez, porque llevábamos dos días sin probar bocado, nos quedaban muy pocas rupias y mucho camino por recorrer.

De pronto me llamó la atención el paisaje que teníamos a nuestros pies, por lo que llamé a Charlatán para que disfrutase de ello. Buscando en la mochila mágica y encontramos unos megas-prismáticos, que nos acercaba la distancia a solo cuatro metros. Era un gran oasis donde acampaban placidamente todo tipo de animales, en especial los tigres de Bengala se trataba de la Reserva de Kanthambore. De repente, Charlatán se asustó le parecía haber visto una gran serpiente, era el río Ganges cuyas escalinatas y altares se celebraban continuas ofrendas y ritos.

Estábamos tan entretenidos que no nos habíamos dado cuenta que acabábamos de aterrizar en Delhi. Para movernos por la ciudad cogimos un rickstraws, que es como una motocicleta como una especie de carruaje conducido por un hindú. Pasábamos por las estrechas y bulliciosas calles de la vieja Delhi cuando de pronto Charlatán me dijo:

Bruno, mira hacia allí, creo que son Alicia y sus padres, ¡Qué suerte! Ya eran nuestros. Corrimos hacia ellos, cortábamos distancia cuando inesperadamente una delgaducha vaca se cruzó en nuestro camino, se movían a sus anchas por las calles, por ello son los animales sagrados de la India. Cuando reanudamos la marcha, los habíamos perdido de vista, habíamos estado a un paso de alcanzarlos. ¡Qué pena!

De nuevo se había fastidiado el plan. Llegó la noche y decidimos seguir la búsqueda al día siguiente, pero al llegar al hotel, un hombre se nos acercó y nos dio una nota que decía:

- Hola Charlatán y Bruno, nos dirigimos a Australia.

Era Alicia, sin duda nos había visto cuando la seguíamos. Que alegría al menos sabía que no la abandonaríamos y que podía contar con nosotros. No había tiempo que perder, empezábamos nuestra nueva aventura. Nos enfrentábamos con el continente más pequeño pero a la vez uno de los países más grande del mundo.

FIN